

RARO PORTENTO QUE HA OBRADO MARIA SANTIsima del Carmen con un Caballero devoto suyo, en la ciudad de Valencia, oirán lo importante que es la devocion de la Soberana Reyna trayéndola colocada en su católico pecho.

PRIMERA PARTE.

HOY se dispone mi pluma
á referir la mas alta
maravilla, que han escrito
hasta aquí plumas humanas.
Y por ser rara, yo quiero
hacerla notoria á quantas
Naciones el mar circunda
con sus cristalinas agnas.
Y así para dar principio
invoco á la Soberana

Emperatriz de los Cielos
María fuente de gracia,
que llevando el patrocinio
de esta Reyna Sacrosanta,
navegaré sin cuidado
por el mar de mi esperanza.
En la Ciudad de Valencia,
digna de eterna alabanza,
la mejor que el sol registra
por celosías de plata,
se crió noble y bizarro
un Caballero, á quien llaman
Don Eusebio de Herrera,
con su esposa Doña Juana,
muy devota de la Vírgen
del Cármen, Princesa Sacra;
y en un devoto Oratorio,
dentro de su misma casa,
colocaron á la Imágen
de esta Reyna Sacrosanta,
y en su oracion la pedian,
que de su Hijo alcanzára
que les diera sucesor
que su riqueza heredára.
Oyó Dios sus peticiones,
que la oracion mucho alcanza;
llegó el dia deseado
en que parió Doña Juana
un infante muy hermoso,
del padre una propia estampa.
En el Sagrado Baútismo,
de nuestra Iglesia Romana,
heredó el nombre del padre,
y despues recibió el agua:
se fue criando este niño
con la debida enseñanza:
siendo devoto de aquella
Divina Aurora sin mancha
del Carmen, trayendo siempre
con tierno afecto su estampa
en el pecho, y con gran celo
una salve la rezaba.
Al cumplir los quince Abriles
á nadie se sujetaba,
era soberbio y altivo,
de condicion muy estraña.
Sucedióle á este mancebo
una desgracia muy rara,
y fué, que estando una noche
con otros tres en campaña
en una casa de juego,
sobre unas malas jugadas
tuvo un cierto desafío
con un Marques de importancia.
Salieron desafiados
para reñir á campaña,
y D. Eusebio le dió
al Marques una estocada
que le pasó el corazon,
y á sus pies cayó sin habla,
quedando yerto cadáver
con otras dos estocadas.
Temeroso del peligro
se embarcó por la mañana
Don Eusebio en una nave
que á Alicante caminaba.
Llegó á este famoso puerto,
y alegre se desembarca,
y en casa de un caballero
con mucho sigilo estaba;
y de allí á muy pocos dias
solicitó á cierta dama,
y por gozarla la dió
de esposo mano y palabra;
con que villano alevoso
tuvo esta dama engañada,
sirviéndole de muger
con fingidas esperanzas.
Sintióse preñada, y ántes
que el parto se le acercára,

le dixo un dia llorando:
quándo cumples la palabra
que diste de ser mi esposo;
mira que á la deidad Sacra
tenemos muy ofendida,
y él sin responderla nada
soberbio con un puñal
la dió siete puñaladas,
y despues abrióla el vientre,
sacó de sus entrañas
al niño que en él encierra,
y en una fuente de plata
lo degolló; que dolor!
quien hizo accion tan extraña!
y despues toda la sangre
á los perros arrojaba;
volviendo á meter al niño
á donde primero estaba;
y en el mismo quarto hizo
un hoyo con una hazada,
en él les dió sepultura,
y se salió de su casa.
Cerró bien todas las puertas,
y en una nave marchanta
se embarcó segunda vez
para las Indias de España.
Con la ayuda de María
aquesta primara plana
concluyo que con su auxilio
diré lo demas que falta.

SEGUNDA PARTE.

Ya dixe que Don Eusebio
por las mares caminaba
y estando en medio del golfo
se levantó una borrasca
de ayre, relampagos, truenos,
que al mundo atemorizaban;
pues parecia que ya
su último fin llegaba.
Bramó el mar, tembló la tierra,
la nave al Cielo llegaba,
y los fulminantes rayos
unos con otros tocaban.
En tan grande confusion
cayó envuelta en vivas llamas
una horrorosa centella,
que dando en la misma Xarcia
de la nave, la dexó
hecha carbon y abrasada;
no reservando su incendio
sino una sola tabla,
donde quedó Don Eusebio,
sin que peligrase en nada:
entre tantas aflicciones,
y penas que le cercaban,
oye una voz que decia:
Ea, cógelo, qué aguardas?
Respondióle otra diciendo:
no puedo, porque le guarda
una muger, cuyo nombre
nos confunde y avasalla.
Entónces sacó del pecho
aquella divina estampa
de la Reyna de los Cielos,
y de esta suerte le habla:
Dulcísima madre mia,
no permitais Vírgen Santa
el que mi alma se pierda,
ten piedad, pide y alcanza
de tu Santísimo Hijo
el perdon de mi ignorancia.
Ya conozco que he vivido
como bestia desenfrenada,
mas yo te ofrezco enmendar
desde aquí mi vida errada,
si vuestra piedad me libra
de tan peligrosas ansias.
Hecha esta humilde oracion,

los ojos al Cielo alza,
y vio baxar en un globo
de gloria la Soberana
Vírgen del Cármen, que afable
de aquesta suerte le habla:
No temas ni desconfies,
que soy quien te ampara y guarda,
y soy quien te he defendido
del demonio y de sus garras;
y pues ya me has prometido
enmendar tu vida errada,
volverás á la ciudad,
y hallarás resucitada
aquella á quien diste muerte
sin tener alguna causa,
y la pedirá perdon,
cumpliéndola la palabra
que diste de ser su esposo,
que es deuda, y debes pagarla;
y á aquel inocente Abél
que salió de sus entrañas
darás el Santo Bautismo,
que así mi Hijo lo manda.
Desapareciose al punto,
y Don Eusebio en la tabla
navegaba á par del viento,
y llegando á las murallas
de la ciudad, saltó en tierra,
y pronto se fué á la casa
referida, donde halló
de las heridas bien sana
á la dama, y en sus brazos
al tierno infante miraba;
y con profunda humildad
rendido besó las plantas
de la dama, la pidió
perdon con lágrimas tantas,
que consiguió de sus yerros
el perdon que deseaba.
La dama afable lo admite,
y con caricias extrañas
lo perdona, porque así
de Dios serán perdonadas
sus culpas, que quien perdona,
de Dios el perdon alcanza.
Diéronle cuenta al Obispo,
y su Ilustrísima manda
que de este raro portento
caractéres se fixáran
en las puertas de los templos,
para que el cristiano traiga
consigo aqueste retrato,
para su defensa y guarda.
Concedió quarenta dias
de Indulgencias á quantas
devotas personas traigan
en su pecho aquesta estampa
de la Soberana Madre
del Carmen Reyna Sagrada.
Bautizaron al infante,
como la Iglesia lo manda,
y juntamente sus padres
alegres se desposaban,
y en el yugo de Himenéo
vivian, rindiéndole gracias
al Sacro Autor de la vida,
y á esta Reyna Soberana
del Cármen, á quien le pide
el Poeta, de que humana
nos ampare como Madre,
alcanzándonos la gracia
en esta vida, y despues
nuestra Bien aventuranza.

FIN.

Badajoz: Por los Señores D. Juan Patron é Hijo.